



NUBA, SOL Y DARIA

El Bosque del Norte era famoso por tener los árboles más altos y las flores más bonitas.

Un conjunto de nubes se dedicaba cada día a regarlo con su agua. Gracias a su trabajo, el Bosque estaba deteniendo a un gran monstruo, el Desierto Marrón, que avanzaba tragándose todo lo verde que veía a su paso.

Nuba, era una de esas nubes. ¡Se conocía todos los rincones del bosque!

Sin embargo, nunca se había acercado hasta el Desierto Marrón. Decían que era muy peligroso. Que las nubes se secaban cuando lo atravesaban. Un día, aunque ninguna nube lo había hecho antes, decidió viajar hasta allí para comprobarlo.

Al llegar sólo encontró arena y hacía muchísimo calor. Nuba no paraba de sudar. Se asustó.

De repente una voz llamó su atención:

—¡Eh, hola, hola!

Nuba miró al suelo, pero no vio a nadie.

—¡Hola! ¡Estamos aquí! ¡Aquí abajo!

Eran dos pequeñas plantas con sólo tres hojas cada una. Nuba se acercó a ellas. Sol, la más alta, le dijo:

—Es muy raro ver una nube por aquí.

—Quería conocer el Desierto Marrón y comprobar si es verdad todo lo que cuentan sobre él —dijo Nuba.

—¿Y qué cuentan?— le preguntó la planta más pequeña, Daria.

—Pues que es un lugar tan caluroso que nadie puede vivir en él. Todo se seca.

—Jajaja, ¡Nosotras vivimos aquí y no nos hemos secado!

Nuba descubrió, entonces, que las plantas del Desierto eran especiales porque guardaban dentro de sus hojas las gotas de lluvia.

—Hace mucho tiempo que ninguna nube pasa por aquí y ya casi no nos queda agua. Sólo necesitamos un poco de la tuya. —dijo Daria

—Lo siento, yo tengo que descargar todas mis gotas sobre el Bosque del Norte. No puedo guardar nada para vosotras —dijo Nuba.

—Pero desde aquí vemos vuestro bosque, todo está muy verde, parece que tenéis agua de sobra, nosotras sólo necesitamos unas cuantas gotas —dijo Sol.

—Veré qué puedo hacer ¡Volveré mañana! —dijo Nuba.

Nuba pensó en todo lo que le habían contado Sol y Daria y decidió que tenía que ayudarlas.

Al día siguiente guardó una parte de sus gotas, volvió al Desierto Marrón y descargó la lluvia sobre sus nuevas amigas.



—¡Gracias Nuba! —le dijeron muy contentas.
Nuba continuó haciendo lo mismo durante muchos días.
Una mañana, al despertarse, Sol y Daria se llevaron una gran sorpresa: ¡ellas habían crecido y, además, habían nacido muchas otras plantas a su alrededor!

Entonces, Nubarrón, una de las compañeras de Nuba, descubrió lo que estaba haciendo y se enfadó mucho:

—He descubierto que nos estás engañando, ¡te guardas gotas para ti! —le gritó.

—Es verdad, guardé algunas gotas, pero no son para mí, son para dos plantas amigas mías que necesitan nuestra ayuda —contestó.

—Aquí, en el Bosque del Norte, no hay ninguna planta que necesite agua, ¡porque nosotras hacemos muy bien nuestro trabajo! —dijo Nubarrón.

—Es que no están en nuestro Bosque, viven en el Desierto Marrón— dijo Nuba.

—¡En el Desierto Marrón! ¡Cómo se te ocurrió ir allí!

Nuba contó a todas las nubes lo que había descubierto y les pidió ayuda para las plantas del Desierto Marrón:

—Pero ese no es nuestro problema —dijo Nubarrón— nosotras debemos ocuparnos sólo de nuestras plantas.

—Os equivocáis —dijo Nuba— ¡sí es nuestro problema!, porque el monstruo del Desierto Marrón no para de avanzar y se tragará a todas las plantas que viven allí, si no hacemos algo. Tenemos que ser solidarias.

—¿Qué significa eso? —dijo Nubarrón.

—Pues que no podemos utilizar toda el agua que tenemos para regar nuestro Bosque mientras otras plantas se están secando. Si las ayudamos cada vez habrá más plantas en el desierto y un desierto lleno de plantas ¡deja de ser un desierto! Hay agua suficiente para todas, sólo tenemos que repartirla bien. Eso es ser solidarias.

Al principio sólo unas cuantas nubes se unieron, pero muy pronto fueron muchas más.

El monstruo del Desierto Marrón sigue intentando avanzar tragándose las plantas y árboles que encuentre a su paso, pero, gracias a la solidaridad de todas, no lo conseguirá.